

IV

LA REINA DE LAS ABEJAS

Por muy feliz se tenía Clenardo, rico labrador andaluz, que contaba en sus recolecciones los más lozanos frutos del país, y veía florecer en su hogar una hija, hermosa y dulce como un ángel, capullo de extraordinaria mujer en la clásica tierra de las mujeres bonitas.

Dorotea es el nombre de la zagala, orgullo de sus padres y adorno del lugar.

Aunque es muy niña y vive halagada por apasionados cariños, ya vigila en torno de la hacienda. Se complace en poner sus delicadas manos sobre muchas labores campesinas; dirige la servidumbre; paga a los obreros; sabe cómo funcionan los molinos de aceite, los lagares y las colmenas.

En los olivares fecundos todos los árbo-

les la conocen. Ella va de uno en otro presidiendo las labores del arado y las cavas de pie que han de nutrirlos de fortaleza. Ella cubre con saludable unguento de injertar el corte de las ramas primarias cuando la poda las ha herido; persigue al marrojo y a la cuscuta que los enferma; distingue los veceros de los añales, y tiene para el origen oriental de la planta una soñadora devoción.

Durante el mes de octubre, la niña se divierte mucho con el *ordeño* de los olivos, labor preciosa que ejecutan rapaces y mujeres, por lo general, ellas vestidas con anchos y discretos pantalones que les permiten subir en escaleras hasta los gromos. Van pasando los dedos con blandura a lo largo del ramaje, y el fruto cae sin herirse en los tendales prevenidos.

Asiste Dorotea con gracia cuidadosa a los demás detalles de la recolección como a un espectáculo feliz. Llega con las aceitunas a las trojes y molinos; las ve caer bajo el *alfanje* de la máquina, rodar en las tolvas, deshacerse en las prensas y purificar-

se, hechas caldo, en las tinajas: aún ha de presidir el trasiego del aceite cuando la primavera sonría.

Con igual entusiasmo y atención acude a los jaraíces y sabe disponer sus faenas; pero donde más goza y se maravilla es en los colmenares.

Inteligente y estudiosa, no es la niña una aldeana inculta, ni mucho menos. Sus padres la educaron para reina de los vergeles que atesoran, y como tal descubre galas de ingenio y primores de ilustración que dejan pasmada a la buena gente de aquellos contornos.

La singular historia de las abejas, su tradición y su poesía, han penetrado, sugerentes, el espíritu meridional de la andaluza, y la embriagan con sutiles emociones.

Desde Aristeo, divinidad mitológica que en los campos felices de la Arcadia descubrió la utilidad de la cera y la miel, discurre soñadora la mocita por todos los caminos legendarios donde las aladas bestezuelas han labrado un surco a la ilusión.

Las ve tratadas como criaturas inmorta-

les por las tradiciones helénicas, germanas y latinas, llenas de atributos místicos y sublimes para los insectos que liban en las flores, producen en los panales y arden en los cirios con gloriosa llama.

Las ve requeridas por los mitos finlandeses para que vuelen encima del sol y de la luna hasta la casa de Dios y traigan de allí en el pico la miel que sana las heridas mortales.

Recuerda cómo los griegos las nombraron «melisas», lo mismo que a la luna, y cómo los pueblos del Oriente las tenían por aves. Así, para que la reina volviese con su ejército al abandonado panal, rezaba una ingenua oración: «Yo te conjuro, madre de las aves, por el Dios Rey de los cielos...»

Sabe que data la celebridad de las abejas de aquel tiempo mitológico en que alimentaron a Júpiter sobre el Ida, en Creta, y que es famosa la miel desde que la produjo la inolvidable tierra del Atica, entre los mármoles y flores del Himeto.

Estas andanzas fabulosas, y otras más que Dorotea acostumbra revivir mientras culti-

va los panales, labran en su espíritu un alegre sendero por donde las quimeras y las ilusiones se desbocan bajo el puyazo luminoso de la imaginación.

Como Aristeo, el dios agreste hijo de Apolo, es la moza una soberana campesina que busca en los colmenares gratisimo solaz. Larvas y ninfas la interesan con raro deleite; conoce y sigue el curso de su transformación, y cuando el insecto se ha perfeccionado, atisba su vuelo, curiosa de saber cómo las abejas fecundan a las plantas, llevando el polen desde el estambre masculino de una flor hasta el pistilo maternal de las otras. Tales nupcias, dechado de belleza y castidad, exaltan los románticos sentimientos de la gentil labradora, que vive entre alas, flores y brisas, soñando con un milagroso amor, todo aromas y miel...

Cuando las ilusiones de Dorotea estaban más en sazón, y más dorado en su fantasía el ensueño, acertó a cortejarla un señor principal, apuesto y mozo, muy adornado

de sobrevesta y lechuguilla, muy vistosos en el birrete las plumas y el joyel.

A hurto de sus padres, que le aconsejaban como sabios en contra del galán, cometió la niña la torpeza de oírle y tuvo la desgracia de creerle. Juraba él que la desposaría aunque se opusiera a la desigual boda medio mundo, y de sus promesas ponía por testigos a los santos del cielo. Y la muchacha pensó que todos los amores eran serenos, limpios y dulces, lo mismo que los que ella conocía: algo así, tan suave, como libar el néctar de una flor...

¡Triste despertar el de la pobre ensoñadora! Pronto volvió de su deliquio al empujón violento de las amargas realidades, vendida por el perjuro doncel. Don Fernando se llamaba y había nacido en noble cuna, hijo de un duque del país. No era tan perverso como podría deducirse de su ingratitude con la bella zagala; antes bien, se le tenía por muy cabal persona, hombre de finos procederes y arrogantes virtudes; pero en materia de amores se mostraba quebradizo y caprichoso, como quien está acos-

tumbrado a satisfacer sus deseos. Tan pronto como se vió correspondido por la inocente credulidad de Dorotea, arrepintiósse de haber puesto su brillante porvenir en manos de tan humilde mujer; creyó que ella le olvidaría con el remedio de la ausencia y partió, en sigilo cobarde, para otra población andaluza.

No por cándida y joven era tímida nuestra labradora. Un nobilísimo sentimiento de dignidad estimuló sus naturales energías, y puesta su fe en Dios y en el derecho de su causa, tuvo ánimos para seguir al ingrato fugitivo, decidida a exigirle el cumplimiento de la promesa matrimonial.

Pero llegó tarde a intentar su arriesgado propósito. En el nuevo punto de su residencia don Fernando había contraído casamiento, repentinamente, con una dama principal y hermosa, valiéndose de reprobables acciones para realizar sus recientes antojos.

La novia, comprometida a casarse con otro caballero, obligada por un codicioso padre a dar la mano al aristócrata, quiso

obedecer sin faltar a sus juramentos de enamorada, y así que terminaron los desposorios, huyó a encerrarse en un convento.

Aunque de público se dijera que la boda carecía de validez por las especiales circunstancias en que se verificó, sobre la triste zagalica rodaron las pesadumbres de un destino cruel, y mucho más cuando ella supo que la buscaban por medio de pregones, suponiendo que había huído del hogar con fines poco honestos y cristianos.

Creyéndose deshonrada, sintiéndose malquerida, en un instante de indecible amargura pensó esconder su desgracia lejos del mundo. Y, hecha a la vida libre de los campos, no halló mejor soledad que la de Sierra Morena, cercano refugio lleno de silenciosa hermosura. Provista de un traje de zagal, para ocultarse con mayor recato, guardó en su barjuleta de caminante algunos vestidos y joyas que consigo llevaba, y buscó por los apacibles senderos el rumbo de un aprisco donde la admitiesen de pastor.

Mal disimulaba su belleza con el hábito masculino. Los copiosos y dorados cabe-

llos apenas le cabían, escondidos, en la monteruela pastoril; y la suavidad de las facciones, la blancura de la tez, la gracia mujeril de los andares, iban delatando al fingido rapaz. Nublados los ojos por la tristeza, errante y gentil entre árboles y flores, más que Aristeo el dios goloso de la Arcadia, parecía Cupido, con la penumbra del amor en las pupilas y la linjavera al hombro.

Así en traza de pastorcillo trabajó en los hatos, vagó en los pensiles y levantó sus pesares fundidos en ardientes oraciones por encima de las jaras espesas y de las rocás azules. Hasta que un día la encontraron los amigos de don Quijote cuando buscaban al pobre caballero entregado en la salvaje espesura a locas penitencias de amor.

Estaba Dorotea lavándose los pies en un arroyo y lamentando con doliente voz sus infortunios. Vestía calzones de paño pardo y ruin capotillo de haldas, y consentía, en el descuido de la soledad, que sus larguísimos cabellos rodasen hasta el agua bullidora.

Escuchando sus quejas y admirando su

hermosura, los amigos del caballero andante comprendieron que el zagal era una mujer, y hablándola, con mucha delicadeza, averiguaron su historia, que les enterneció profundamente.

Ya viajaba Cardenio con aquellos señores en calidad de rescatado, y al reconocer en la dulce labradora a la rival de Luscinda, lloró con ella la soledad del común abandono, prometiendo remediarlo.

Mientras la convencieron para que volviese donde sus padres, contáronla cómo la demencia de don Quijote requería un artificio poderoso a llevarle de allí, lejos de la bárbara existencia que se imponía por locura de amor.

Compadecióse la muchacha oyendo las cuitas del de la Triste Figura, y se ofreció a desempeñar con entusiasmo un papel de doncella menesterosa, mediante el cual imaginaron persuadir al desfacedor de agravios a que saliese a defenderla: así pensaban devolver, de uno en otro embuste, al malandante señor hasta su olvidado solar.

Sacó al punto la niña de su zurrón una

rica falda de alepín, una elegante mantellina verde con orla de tul, collar y alhajuelas que en un periquete la adornaron como a una gran señora. Tal parecía, caballera en alta mula, realzando su gentilísimo porte con el gozo de sentirse amparada y la ilusión de hallar mejor suerte a sus amores.

Ibala también acompañando el generoso anhelo de ejercer una obra de caridad cerca de otro espíritu enamorado y triste, y mecíase por los fantásticos rumbos de la fábula aprendiendo aquella que había de salvar de su cautiverio a don Quijote. Un amigo de éste, disfrazado de escudero, la daba escolta, mientras los demás se escondían, aguardando el suceso de la piadosa farsa.

Ardía la rubia luz del sol, perfumaban el tomillo, el cantueso y el toronjil, con otras muchas plantas regalo de mariposas y abejas, y todo el bosque, mecido por las brisas, se inclinaba galante al paso de la bella amazona.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Así que nuestra viajera descubrió el refugio donde penaba el sublime loco, dió del azote a su palafrén y corrió hasta el poeta solitario, ante el cual desmontó para arrodillarse y decir :

—Señor : vengo de lueñes tierras africanas atraída por el renombre de vuestra esforzada valentía y necesito el apoyo de vuestro brazo, amparador de toda invalidez, escudo noble contra toda maldad.

Convencido de su famosa importancia y seguro de habérselas con una dama de alta alcurnia, respondió el caballero muy entonado y galante.

—Señora, quien quiera que seáis, juro, con la ayuda de Dios, libraros de follones y malandrines, de injusticias y agravios, hasta que vuestra hermosura recobre el regocijo y la serenidad propios de la risueña doncellez : os veo afligida y desconsolada, y sois doncella según parece y de estirpe real si no me equivoco.

—Soilo como decís. Me llamo la Princesa Micomicona y nací hija única del Rey Tinacrio el Sabidor y la Reina Jaramilla, los

cuales al morir me dejaron por legítima heredera del gran reino Micomicón en la Etiopía lejana, allí donde las altas cumbres dividen el Mar Rojo y el Nilo. Un desaforado gigante, dueño de cierta ínsula vecina de mis tierras, pretende casarse conmigo o arrebatarme el reino. Como su osadía iguala a su enorme fealdad, resuelta yo a no exponer la vida de mis vasallos ni a contraer matrimonio con tan descomunal personaje, y habiendo llegado hasta mí la fama del andante caballero español que me escucha, vine a las Españas a demandar su amparo. Aquí me tenéis de hinojos rendida a vuestro valor invencible, cuyas hazañas corren por el mundo en letras inmortales.

Don Quijote, que ni un instante había consentido a Dorotea permanecer de rodillas, volvió a levantarla con afanosa prontitud, murmurando :

—Alzad, bellísima señora, y repose en mi esfuerzo vuestro infortunio : yo retaré a muerte al vil gigante y os restituiré en paz a vuestros dominios.

—No me levantaré ni secaré mis lágrimas

mas mientras no alcance vuestra promesa de no comprometeros en otras aventuras hasta dar término a la mía.

—Así lo juro, por Dios y por mi dama, la sin par Dulcinea del Toboso.

Enardecido por sus mismas frases, gano de sacrificios y laureles, ciñóse el caballero las armas que yacían ociosas en el suelo, y se aprestó a dejar el solitario monte para convertirse en paladín de la Princesa.

La cual iba muy oronda en su mula, saboreando el dulcísimo goce de obrar el bien. Llevaba consigo al demente enamorado, libre de la sierra donde se obstinaba en sufrir, y le conducía al confortable hogar, acaso hacia la plena salud.

No tardó la breve comitiva en encontrar a los amigos que aguardaban por aquellas inmediaciones y que buscaron un pretexto para presentarse llenos de admiración al sorprender cuán pronto la zagala había dominado la solitaria melancolía de don Quijote.

Por seguir halagándole en sus gustos aventureros y asegurando su confianza, Do-



rotea extendía poco a poco la singular historia del reino Micomicón.

Hablando con gracioso donaire, poniendo la blanda nota poética en el relato peregrino, se identificaba de tal modo con su interesante papel, que llegó a sentirse Princesa y a imaginar que el hijo de un duque la pretendía con la más reverente solicitud.

Los que la escucharon también padecieron la obsesión de aquella fábula que en los floridos labios de la moza parecía convertirse en realidad.

—¿Es muy hermoso vuestro país, señora?—la dijeron embelesados y soñadores.

—Mucho—afirmó con el más plácido semblante—; hermoso y rico. Yo traía como tributo para mi señor don Quijote un cargamento de aromas y marfiles, lágrimas de mirra, odorante madera de cinamomo, bellas flores de la Arabia y la Nubia... Pero... naufragué en la travesía y me salvé por milagro con uno solo de los escuderos, dejando mis tesoros en el fondo del mar.

Exhaló un suspiro tan doloroso como se le pedía el corazón, avisado de que era un

sueño la categoría de Princesa, el dote de vasallos y preciosidades, y la solicitud amorosa del novio ducal.

No por eso dejó la niña de sonreír. Un fuerte impulso de caridad la mantenía alegre, como salvadora del pobre caballero andante, y muy ajena a suponer que al final de aquella aventura la esperaba el premio siempre concedido a la virtud predilecta de Dios...

Aquí está el manchego ventorrillo donde en un día memorable se reúnen Dorotea y Luscinda, Cardenio y don Fernando. Ya este arrepentido señor da su mano de esposo a la bella labradora, hace las paces con el enojado camarada y convierte la venta en un lugar de noble regocijo donde toda esperanza sonríe.

La Princesa etíope no reinará nunca sobre los africanos «ennegrecidos por el sol»; dominará con la belleza y el ingenio en un precioso vergel andaluz, y será siempre, en las crónicas femeniles, una criatura inolvidable

porque supo, con exquisita virtud, amar, sufrir y compadecer, cultivar en los panales de su alma, como reina de las abejas campesinas, la miel de la ilusión y la cera del sacrificio...